

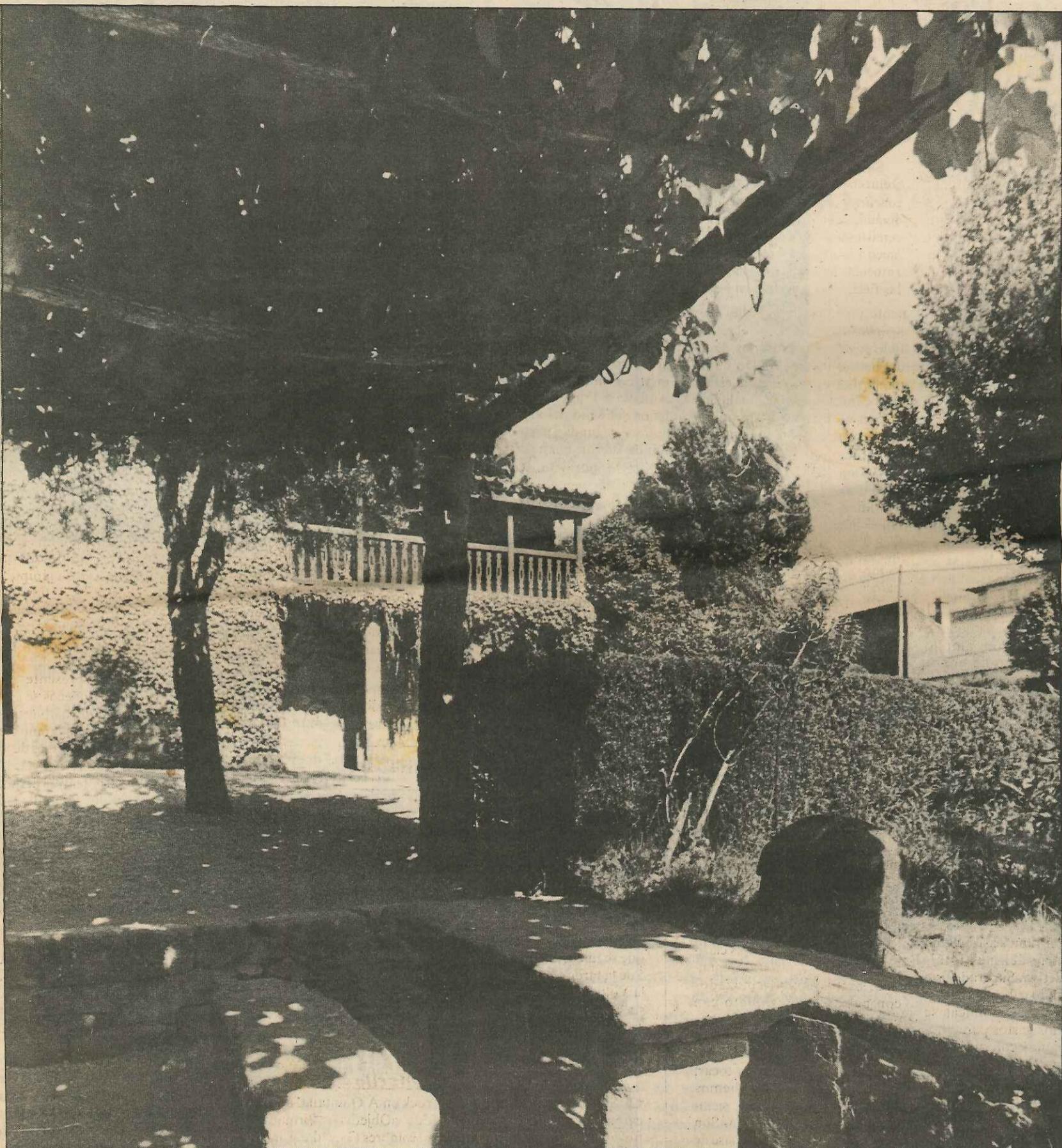
cuaderno de CULTURA

Coordina: Arturo Lezcano

La Voz de Galicia, jueves, 18 de julio de 1985



Número 226. Año V



En las orillas de Rosalía

Congostras e sombras, espíritu das fontes, almas dos anteriores carballos, dores doentes, friaxes encarnados, pedras de falar, corredoiras, edras, vermes coma unha luzada, cemiterios «de recordazón», ollos ainda ledos nos que repousa o escentilar da señorade, enxergos de vivos espreitados polos mortos, adros de «eirexa», salaios salgados da emigración, mozos «promessi» coas olgas, sagas da hermenéutica dubidosa da fidelidade coniugal... O xenio do galeguismo —tan grandilocuente como brillante— deixa unha Rosalía oteriana (*Rosalía*, 1959, inédita ata xuño de 1985). Nun diálogo dramático con mestres intres pero proclive ao romanticismo —«eu son unha pantasma

do século XIX», gustaba de decir Otero—, o señor de Trasalba intue, reconece, deseña, cada poucas páginas, a Rosalía posible.

Neste centenario distinto —Rosalía presente mas mixtificada pola grea de filisteus— hai que contribuiren o icono, sen cair, porén, no novo clisé da natureza existencial única do autor de «*A las orillas del Sar*». Aberta e inabrangible, para falar con Rosalía compre unha «lectura» sen límites.

Deixemos, xa que logo, que neste primeiro número extraordinario dedicado a Rosalía colo quien voces non desconecidas, pero menos «famas», pois abonda ela, abondaría con ela, sen engadir ren.

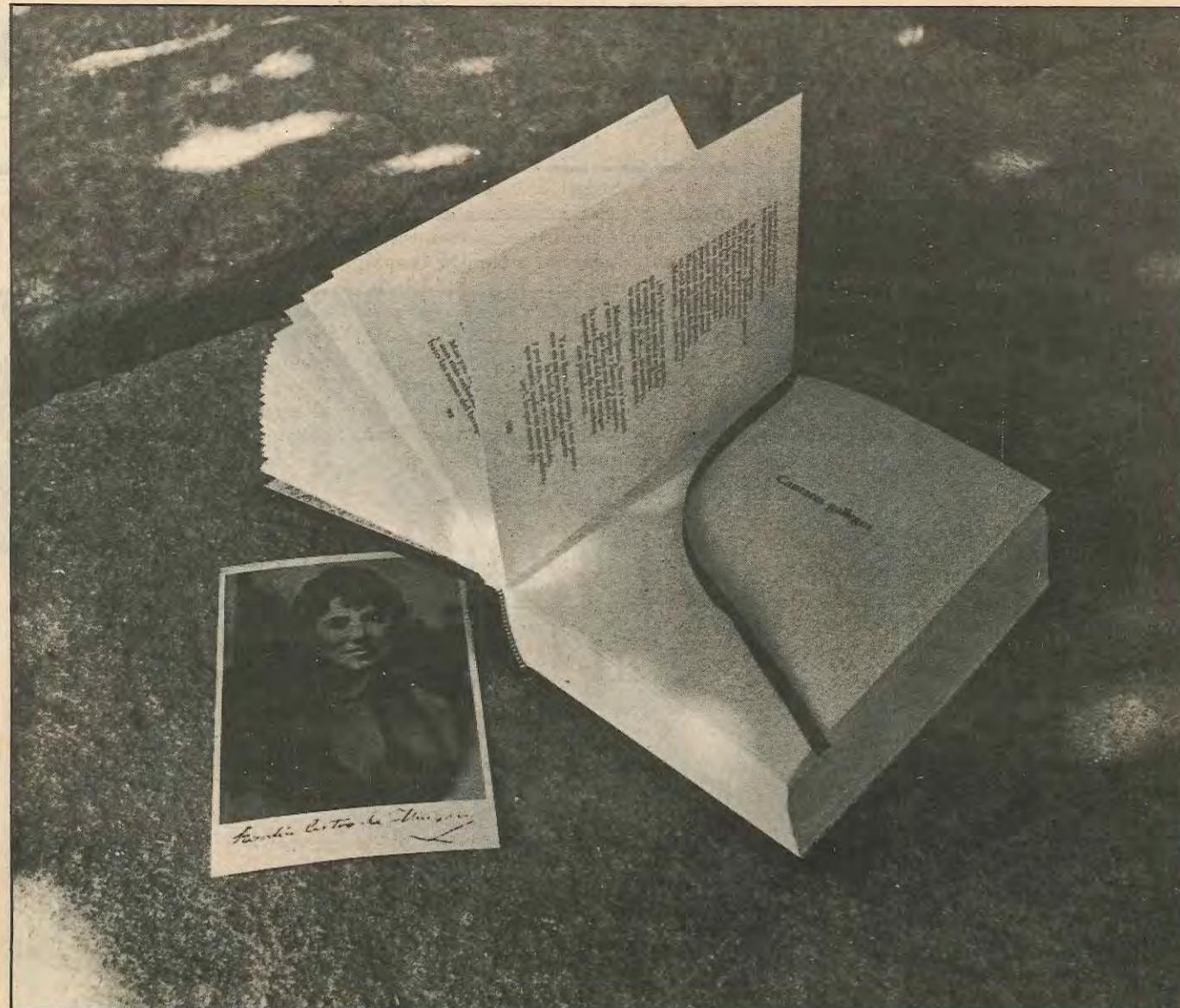
Cien años para esto

Mauro Armiño

Ados años del centenario de la muerte de Rosalía de Castro, se publicó una nueva edición de *Obras Completas* (Ediciones Sálvora), en tres tomos, encuadrada en falsa piel y con orillos de oro, que prologaba Xesús Alonso Montero, autor, además, de un libro, artículos varios e innumerables conferencias sobre la poeta de Padrón. Pocas objeciones hay que hacer a esta edición si dejamos de lado las abundantes erratas, las páginas que faltan —con lo cual lo de «Completas» vuelven a ser «Incompletas»—, la falaz distribución de los poemas, que traiciona el sentido de los mismos de manera absoluta, el prólogo inservible para nada, y los índices absolutamente incompletos y disímiles, que impiden saber el número de poemas que contiene. En las *Orillas del Sar*, por ejemplo, nos atreveríamos a calificarlo con el tópico de «flaco servicio» si no fuera otras muchas cosas más, y peores, que atafien tanto al editor como al preparador, si es que Alonso Montero preparó la edición —en caso contrario, ¿quién fue? ¿o cosa de tan poca monta es editar unas *Obras completas* rosalianas que el preparador se borra?—, y al prologista.

Ante todo: se trata de una edición pirata, como suena, que ha robado, sin pedir permiso, los textos rosalianos fijados por otros estudiosos. Por lo que a mí respecta, han aprovechado mis dos tomos de prosa rosaliana, limpiada de erratas, errores y manipulaciones: si bien cierto que los textos rosalianos son de Rosalía, la fijación de texto de las ediciones críticas es propiedad de los estudiosos que se han quemado las pestañas para captar las diferencias y deficiencias existentes entre las diversas ediciones. Derechos que reconoce la Convención de Ginebra y la ley del libro española, por lo cual no pueden editarse sin su permiso. Supongo que si a mí no me lo han pedido tampoco lo habrán pedido a la Cátedra de Lingüística de Santiago, que preparó la obra en verso en gallego de Rosalía, (Carballo Calero), ni a Marina Mayoral, autora de la edición de *En las Orillas del Sar* que han elegido para publicar. En la página 40 los editores se limitan a dar la procedencia de los textos, citando nuestras ediciones y nombres, con lo que el robo, además de manifiesto, es declarado.

Pasemos este punto, que tribunales hay donde reclamar el derecho. Pero es importante para cualquier ingenuo comprador de la edición por la simple razón de que estos saqueadores no se han parado en barras y han dado los textos tal como estaban, perpetuando, cuando no aumentando, errores y erratas. Así, asumen mi edición de «Padrón y las inundaciones» sin darse cuenta de que al malhadado editor que la imprimió se le



Cien años de Obras Completas, incompletas.

cayeron en pruebas varias páginas, que faltan.

Lleguémonos al preparador: o no existe o ha sido Xesús Alonso Montero. Como Sálvora sólo le atribuye el «estudio, cronología e bibliografía», habremos de admitir que no existe. Y a estas alturas, con la obra rosaliana huérfana de edición crítica y los textos sin fijar definitivamente, ¿puede permitirse un editor responsable el lujo de dar lo recibido de otras ediciones? La irresponsabilidad de Sálvora es manifiesta.

Xesús Alonso Montero, autor del «estudio, cronología e bibliografía» es una autoridad, dicen, en esta y otras materias. No entraré en las otras materias, sólo en ésta. Al parecer ha pateado barrios, ciudades y aldeas hablando de Rosalía. Sus méritos como misionero y propagandista de la fe rosaliana parecen, por tanto evidentes. Pero hemos de preguntarnos si ha servido para algo, si esta especie de clérigo marxista (lo de marxista se lo ha creído él: ninguno de sus análisis responde a esa ideología, que, ciertamente, ha tenido algunos críticos de interés) no ha tergiversado y forzado, para llevar a su molino político, una figura que está muy por encima del reduccionismo a que su escaso bagaje filológico nos tiene acostumbrados; si cual «meiga chuchona» no habrá secado la carne del corpus poético rosaliano para trastabanciarla en nonada de panfleto; y el empleo por mi parte de esta terminología cuasi-religiosa no es producto de la casualidad.

De los cientos de páginas que Alonso Montero ha escrito sobre Rosalía, ¿qué queda? ¿Qué vale? ¿Estas que pone a la edición que comento de *Obras completas* son la miel de su pensamiento sobre la poeta? La vieja aunque benemérica edición de García Martí en la editorial Aguilar tenía muchos defectos, pero no incumplía una de las obligaciones de todo preparador de unas *Obras completas*: un amplio prólogo que explica, define, zanja cuestiones no resueltas; con las 30 hojas que forman la cronología, la bibliografía y el estudio, Alonso Montero se ha zafado de esa obligación

como prologuista. Tal vez alguien piense que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Pero no es éste el caso. El ilustre filólogo dedica 16 páginas «Sobre a vida e a obra de Rosalía de Castro»: sobre, en castellano por lo menos, quiere encima, pero sin irse a las nubes. Vuelve a contarnos, sin ningún sentido crítico, sin aportar o comentar ninguno de los documentos más recientes sobre las diversas etapas rosalianas, la vida de «unha nena orfa», colaborando a un mito populista que empeña a la autora de *Cantares gallegos*. A lo largo de las diecisiete páginas Alonso Montero no hace sino quejarse de que no hay estudios rigurosos sobre nada: «Rosalía (...) ainda agarda o estudio esixente e pormenorizado que nola explique: o estudio que nos permite un achegamento fértil á paisaxe turbadora e fermosa da sua poesía», ... «cabe sospeitar que os estudiosos acometerán a tarefa de examinaren as súas novelas», ... «Por escribir está, pois, unha parte da biografía»; ... «a relación Murguia-Rosalía ninguén a ten explicado con rigor».

Aparte de sabio, Alonso Montero es un hombre de moral estricta y orden, que siempre tuvo vocación clerical: y en sus escritos abunda la moralina más abrumadora: si ya en un libro anterior sobre la poeta, reprochaba a la madre no haberse hecho cargo de la niña y haber plantado cara a la sociedad de la época, ahora denuncia un trabajo de Machado da Rosa —el estudiioso que le inventó un rosario de amantes a Rosalía— por «insólito e insolente». Hacer algo insólito no se le puede reprochar a un estudiioso: y lo de insolente, no entra en la cuenta de lo científico. Machado da Rosa puede estar errado o no en sus hipótesis. Ni yo ni muchos las compartimos por su falta de base científica, pero ello no nos da para acusarle con categorías ajenas a lo que estrictamente corresponde al campo de la crítica literaria. El colmo de la moralina política de Alonso Montero lo constituye su acusación a Rosalía de dimitir de un «galleguismo» que aún no se había inventado, por no haber seguido escribiendo en gallego. ¿Cómo puede él,

y otros, aprovechar políticamente a Rosalía, si la pobrilla no se enteró de lo que hacía, según nos informa Alonso Montero?: «Es cierto que ella puso sus cimientos, pero sin percibirlo seriamente de ello porque su mente no estaba a la altura de los fenómenos políticos culturales que se estaban gestando. Rosalía fue, antes y después de este desplante histórico, una genial intuición poética». Sigamos citando, para ver si a alguien le da vergüenza: «Si Rosalía dimite es que Rosalía, —su capacidad de reflexión— no está a la altura de su obra ni tampoco a la altura de la conciencia histórica alcanzada en Galicia merced, en buena parte, a su trabajo».

¿No ha de ser más riguroso explicar los motivos de eso que él califica de dimisión, y que todo el que conozca la poesía (porque estamos hablando de una poeta, no de una política) llamaría ejercicio de libertad personal ante una doble vía de elección, que volcarse en acusaciones que poco nos dicen de la autora y menos de su obra? Pero el rigor científico no había de conseguir al vociferante conferencista una audiencia populista a la que quizás no interese saber qué decía Rosalía, sino que pretende más bien oír que Rosalía decía lo que a ellos interesa, para su utilización bastarda en provecho, de la poesía no, de menguadas reducciones políticas o no políticas.

Breve es el espacio; no entraremos por eso en otros desafueros cometidos por Alonso —con el nombre rosaliano por medio— desde aquella vieja edición suya de *En las Orillas del Sar* (mucha migaja habría que sacar, tanto filológica como política, del comentario, si no chispas), hasta la *Obra galega* que recogía *Cantares gallegos* y *Follas novas*, hasta los errores y deficiencias de planteamiento que contiene su *Rosalía de Castro* y estas escasas páginas prologales de la edición que comento. Con lo dicho cabe preguntarse si merecería la pena esta edición y ese prólogo, si han transcurrido cien años desde la muerte de Rosalía para esto.

Los archivos de Bouza Brey sobre Rosalía

P

ocos han sido los estudiosos que han investigado a fondo la biografía de Rosalía de Castro, pese a la escasez de datos fidedignos y de documentación cierta que sobre la poeta tenemos. Fermín Bouza Brey dedicó varios años de su vida a esa investigación; aunque incompletas, porque la muerte le impidió concluir su trabajo, las carpetas de Bouza Brey contienen escritos, datos y documentos de la mayor importancia, que, además de ahorrar esfuerzos vanos

a otros investigadores, permiten comprender con claridad momentos concretos de la vida de Rosalía: su estancia en Santiago, la genealogía familiar, etapas rosalianas vistas casi con lupa de detective, etc. Pese a las instancias hechas ante diversas instituciones gallegas, pese a artículos de personas que han tenido acceso a ellas y que consideran imprescindible su impresión, las carpetas de Bouza Brey continúan inéditas. Como muestra del interés que ofrecen transcri-

bimos dos documentos: el primero recoge los datos que Bouza Brey tenía sobre la relación de Rosalía y sus hijas con la familia paterna. El segundo, una carta de Luis Tobío a Fermín Bouza, es el único documento existente en el que se afirma la relación de Rosalía, ya adulta, con Martínez Vijo. Su publicación pondrá fin a las lucubraciones y alteraciones que sobre esta carta han pronunciado algunos estudiosos: se ha llegado a decir, incluso, que se trataba de

una carta de Rosalía a su padre.

Ambos, junto con varios documentos más, también cedidos por la familia de Bouza Brey, figura en mi edición crítica de *En las Orillas del Sar*, en prensa en estos momentos. Nuevamente quiero agradecer a los familiares del notable investigador el acceso que me han permitido a las carpetas de su padre, así como el permiso para publicar unos fragmentos que, en mi opinión, no debían permanecer ignorados.

Comunicación de Rosalía y sus hijas con la familia paterna

Fermín Bouza Brey

subiecto a ua y demás.

Mi hermano tanto en la casa do Castro de Brion vivía Carmen Martínez sobrina del capellán y daba con un tal Castelmeirio; cuando la niña fue desheredada, su padre ordenó que pasase a la casa do Castro donde se educó con su prima. No pude saber si estuvo viviendo aquí hasta que se entrevistó con su padre; lo probable es que saliera a incluirse a algún colegio.

Cuando ella contaba unos 19 años, en la primavera de 1859, al mediodía, regresaba mi hermana del colegio y según su costumbre entró en la casa donde vivía don el tío y en el comedor se encontró a Rosalía hallándola con su padre; [redacted] se presentó y fue la primera vez que vió a su prima. De parecía según me dijo, bastante buena niña no muy guapa pero tampoco fea, alta y simpática en la expresión de su figura.

Era José Martínez Vijo, alto, guapo y moreno, de ojos oscuros, sorridente y simpático, era su compañero en la casa del cabildo S. Nicolás Pan frío exclaustrado de Herboín que vivía con su madre y una rotina.

El único documento existente en el que se habla de la relación de Rosalía adulta con Martínez Vijo.

V. y su familia residen en ese pueblo (Padrón) es quien me encarga la haga presente su alegría al saber que se encuentran buenos y habitados en esa villa que fue su cuna, de tantos años que no tuvo noticia de Vs. así como los muchos deseos y gran placer que tendría con verlos si sus muchos años y naturales achaques se lo permitiesen».

A esta misiva responde Rosalía el día 27 del mismo marzo, desde Padrón, pues vivía en La Matanza, con otra muy

afectuosa de la que son estos esclarecedores párrafos:

«Grande y agradable sorpresa he sentido al recibir su atenta por la cual sé que todavía existe la Sra. María Josefa Martínez, persona de la cual no he dejado de guardar desde mi infancia gratos y afectuosos recuerdos. Aunque no ignoraba que debía haber en S. Félix de Brion personas estimables con las cuales me unen, como V. dice muy bien, lazos más estrechos que los de la simple

amistad, el alejamiento que por efecto de las circunstancias hemos vivido, no me permitía esperar que tan impensadamente podría volver a reanudar unas relaciones que para mí tienen todo el valor que merecen, y además ver todavía viva a una persona que tan de veras estimo y que tuvo la atención que aprecio en mucho de acordarse de mí (...) No duce que en la primera ocasión que se me presente, que no tardará, pasaré a esa a ver a mi apreciable Sra. María Josefa para darle un cariñoso abrazo».

Después de esto enferma Rosalía y ya no hay lugar para la visita. Un año después, la hija mayor, Alejandra, repuesta ya su madre, en carta de 9 de abril de 1884, decía a Tobío desde La Matanza que le invitaba a él y a su familia a pasar las Pascuas «en nombre de mamá (...) A no haber estado mamá bastante enferma (como acaso V. no ignorará) ya habríamos pasado a visitarla (a la doña María Josefa), pero aunque la distancia desde aquí a Brion es corta y los deseos que madre tiene de abrazar a doña Josefa grandes, no está por ahora su salud para esas caminatas».

Fallecida ya Rosalía, prosiguen estas relaciones. En carta sin fecha de Alejandra a Tobío le enterá: «Nosotros estamos en Santiago, y vivimos en el Camino Nuevo, número 45». Pregunta cómo hay que hacer para ir a la fiesta de Santa Minia. Y en otra carta fechada en Santiago el 10 de febrero de 1890 y dirigida a Tobío siendo maestro nacional de Lousame, refiere a éste que Ovidio estuvo 26 días enfermo de trancazo, «y todos los demás, fuerte no fuerte, sufrimos dengue». Y le propone el tuteo como primos.

De suerte que esta documentación afianza todo lo referente a la paternidad de José Martínez Vijo.

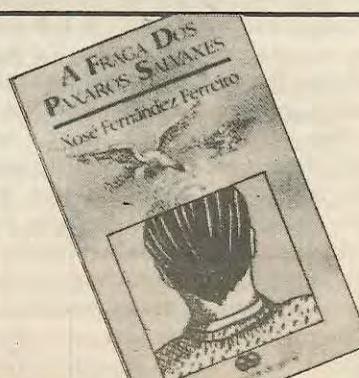


GALICIA ENTEIRA

8

AULLOA. TERRA DE MELIDE.
DEZA E CHÁNTADA
xosé luis laredo verdejo

NOVIDADE



A FRAGA DOS
PAXAROS SALVAXES

Autor: Xosé Fernández

Ferreiro

Novela Finalista do
Premio "Xerais" 1984

edicións xerais de galicia

Doctor Marañón, 10. Tfns. 296116 - 296232. VIGO - 11

Guitiende (La Mahía), 20 de agosto de 1923.
Sr. D. Fermín Bouza Brey
Villagarcía

Querido amigo: Tarde tal vez cumple la promesa que te hice en distintas ocasiones, de darte algunas noticias que conserve mi familia respecto a la biografía de Rosalía Castro. Perdóname la falta, pues estos días las fiestas y romerías apenas me dejaron tiempo libre para hacerlo.

Los datos que te comunico me los proporcionó mi tía paterna o por mejor decir, tía de mi padre, que cuenta hoy día setenta y seis años (o cerca de ellos) y que se llama Minia Tobío Martínez; dígote esto como seguridad y fundamento de la veracidad de mi relato; estuvo ella una temporada con su tío (el padre de Rosalía) educándose en Padrón y... comienzo.

El padre de Rosalía se llamaba José Martínez Viojo y era hijo de Miguel Martínez, vulgarmente llamado Miguelino o muiñeiro, por la razón de tener unas aceñas en que molía la gente campesina sus granos en la época de sequía en que los molinos particulares de regatos y arroyos no podían funcionar. Era el Miguel Martínez sobrino del comendador del monasterio de Conxo, quien lo llevó a estudiar la carrera eclesiástica a Santiago, pero después de haber hecho algunos estudios la dejó. Residió en Ortoño, en la casa do Castro.

Su hijo Juan (José) Martínez Viojo nació en la dicha parroquia de Ortoño, lugar del Castro y en la única y grande casa que compone el lugar, situado a la falda del Castro auténtico. La copia de la inscripción de bautismo en los libros parroquiales te la remitiré en breve, cuando tenga ocasión de ir a Ortoño. De la casa do Castro te hablaré en la próxima.

Estudió la carrera del sacerdocio en Santiago y una vez terminada fue nombrado capellán de la colegiata de Iria

Carta de Luis Tobío a Bouza-Brey



La Casa do Castro, en Ortoño.

Flavia; vivía en la casa de los canónigos con una hermana suya llamada Teresa, aunque no permanentemente ésta, y su sobrina (hija de ella) María Mariño Martínez.

Comenzó a conocer a las familias más distinguidas de aquella localidad y entre ellas a la de Castro, de abolengo e hidalgo linaje; de una de las hijas de esta casa, de doña Teresa, tuvo una hija que fue Rosalía; no te cuento, pues que ya lo sabes, dónde la dio a luz, etc., pero te diré que la desnaturalizada madre, no queriendo abrazar las penalidades de la educación de su hija, o —lo que es más

probable— deseando por un sentimiento de honor mal entendido, alejar de sí la infeliz criatura, para que no fuese baldón que deslustrase el timbre de su familia ni sus rancios y ridículos pergaminos, pensó en arrojarla a la inclusa; conocedor de ello el capellán Martínez, quitó la niña a su madre y la entregó a la mujer de un tal Lesteiro, sastre de Ortoño, quien la educó y tuvo como hija, amamantándola ella misma; satisfaciendo Juan (José) Martínez los gastos de su cianza, subsistencia y demás.

Mientras tanto, en la casa do Castro de Ortoño, vivía Carmen Martínez sobrina

del capellán y casada con un tal Castiñeiras; cuando la niña fue destetada, su padre ordenó que pasase a la casa do Castro donde se educó con su prima. No pude saber si estuvo viviendo aquí hasta que se entrevistó con su padre; lo probable es que saliera a instruirse a algún colegio.

Cuando ella contaba unos 19 años, en la primavera de 1859, al mediodía regresaba mi tía del colegio y según su costumbre entró en la casa, donde vivía con su tío, y en el comedor se encontró a Rosalía hablando con su padre; retiróse prudentemente y fue la primera vez que vio a su prima. Le pareció, según me dijo, bastante buena moza no muy guapa pero tampoco fea, alta y simpática en la expresión de su figura.

Era José Martínez Viojo alto, grueso y moreno; de ojos oscuros, socarrón y simpático; era su compañero en la casa del cabildo D. Nicolás Pau, fraile exclaustrado de Herbón que vivía con su madre y una sobrina.

Murió nuestro capellán de una afición al estómago cuando tenía ya una edad de ochenta y tantos años; fuerte que apenas había tenido enfermedad. Está enterrado en el atrio de la Colegiata de Iria. Tuvo un hermano, Antonio y tres hermanas.

Poco es lo que puedo decirte como ves; creí que sería más, pero la realidad no respondió a mi esperanza; añadiré que Rosalía tocaba divina y deliciosamente la flauta (¡cómo ella podría tocarla!) Con la esperanza de darte en mi próxima alguna noticia más, queda a tus órdenes para lo que quieras mandar, tu amigo

Luis Tobío Fernández
Santiago.— Los Angeles

PS. Perdona la incorrección caligráfica y gramatical, pues hice todo esto con poca calma, como puedes fácilmente comprender.

Vale

La prensa de Madrid ante la muerte de Rosalía

Dionisio Gamallo Fierros

Rosalía de Castro, cuya exacta fecha de nacimiento se ignora (la del bautismo, 24 de febrero de 1837), ejemplifica, como pocas criaturas, aquella reflexión de Quevedo de que empezamos a morir el día que nacemos. Desde que tuvo conciencia de estar instalada en la vida se sintió como burlada: por todos y por todo. No se amilanó por ello. En su interior llevaba un eje diamantino, que la mantuvo siempre vertical, equilibrando dolor con ternura, temores con osadías, distanciamientos, con entrañable inserción en el paisaje de Galicia y en el alma colectiva de sus gentes.

Necesitada de desahogar (sangraba por sus orígenes) un paralelo instinto pudoroso la movió a ser simbolista. Todo lo extrovertido vital lo embozaría en niebla literaria. Y como era la suya un alma superior, de tensión muy alta, no dejó de tener nunca la intuición de lo trascendente. De ahí lo universal humano de su palabra. Y sería fiel, impropia de la edad del Mundo, y de la nuestra individual, no reconocer, ya de entrada, que fue una mujer de enorme carga erótica, redimiendo lo fisiológico con lo sobrevolador metafísico. El «misterioso» (búsqueda de la raíz de lo incógnito), la inmersión en la Naturaleza, la espiritista comunicación con las sombras de los desencarnados (esta es otra de sus afinidades con Bécquer), fue en ella compatible con sentirse arrastrada por el Arte («Santa Escolástica») ante el

altar de la Fe. Pasado el trance semi-extático, sugerido por una especie de actitud auto-misericordiosa, ella regresaba a su estado psicológico natural: la perplejidad y la incertidumbre. Practicaba la humildad de la duda, como otros la solapada soberbia de la seguridad absoluta. Rompió a cantar en castellano (lo mismo Pondal y Curros), por presión convencional y realidad bilingüe, pero el ansia realizadora de su esencia íntima la había de llevar, muy pronto, a lo entrañablemente suyo, al cauce de su plenitud expresiva y cabal: el habla gallega.

Con los primeros, «La flor» (1857), «A mi madre» (1862), se adiestró para el verso, y en 1863 le dio un grande, decisivo impulso al cuajo de la conciencia regional literaria. Con «Cantares gallegos» (poemillas estribados en raíz de cantar), comienza su identificación con el alma del Noroeste. Y aunque ya en ellos asoman vetas de su innata inclinación trágica y doliente, es —en general— libro vital, optimista, feliz. Antes de finalizar la década de los sesenta, alas de sombra ensombrecen sus trabajos y días al eslabonarse nacimientos de hijos y fallecimientos de deudos, se va desplegando a lo largo de su itinerario existencial una aleccionadora teoría de paradójicos mojones. ¡Lo agridece del vivir!

En «Follas novas» (1880) interioriza su voz, decanta su subjetividad, y si hay zonas en el libro, como «As viudas dos vivos», que la mantienen en directa conexión con el dolor general, la mayo-

ría de las composiciones responden a desahogos muy personales e íntimos, adscritos a las fluctuaciones de su alma perpleja, que no acaba de encontrar respuestas para las más atosigantes preguntas.

En la misma línea de técnica estrófica, pero yendo aún mucho más lejos en la intuitiva y reflexiva voluntad renovadora, cierra, con «En las orillas del Sar» —levantándolo de nivel— el mediocre Romanticismo español. Y no sólo realiza la apertura al Modernismo peninsular, sino que anticipa la inserción del yo interior en el Paisaje externo, y el plegamiento de éste a la topografía del espíritu. Hace posible el ulterior surgimiento de las Líricas de Unamuno y Antonio Machado.

¿Qué «seguimiento» (como ahora se dice) tuvo el quehacer poético de Rosalía a través de la crítica nacional española, preferentemente centralizada en Madrid...? Ya es sabido que desigual y cicatero. Hay, sin embargo, bastantes más ecos que los hasta ahora bibliográficamente registrados. Quedan para otra ocasión comentarios que a sus libros se hicieron en 1863, 1880 y 1884. Vamos a constreñirnos ahora a reacciones ante su muerte.

De haber funcionado la lógica de los antecedentes debió haber sido «La Iberia», el periódico que más se volcasse en las «honras fúnebres» de Rosalía. Su esposo había estado adscrito a aquel diario desde enero de 1855 y dos años

después diera en sus páginas el espaldarazo a la inmadura y esproncediana autora de «La flor». En dicho periódico Murguía trababa amistad con el simpático, pero mediocre, escritor asturiano, Evaristo Escolera, que había de dedicar comentarios (por mí exhumados, en lecciones y conferencias) a «Cantares gallegos» y «Follas novas».

Sin embargo, no es «La Iberia» y sí «El Globo», «El Resumen», «El Imparcial», «La República» y otros, quienes prestan atención, aunque un poco tardía, extensa y cuidadosa, a la significación estética de la poetisa desaparecida hace ahora cien años. Y hasta se remiten desde La Coruña a Madrid, donde se publican versos en ofrenda de Rosalía.

Quizás debamos otorgar la palma de la inteligente, sensible dedicación a «El Globo». Políticamente inspirado por Castelar, y siendo uno de sus más importantes redactores el compostelano Alfredo Vicente (viejo exaltador de Rosalía, en prosa y verso, desde 1874), nada de extraño tiene que lo podamos aducir como adelantado de la causa rosaliana. Incluso es posible que dicho diario haya llegado a cometer imprudencias, como informar el miércoles 29 de abril de 1885: «Se encuentra gravemente enferma, en su casa de Iria Flavia, de Galicia, la distinguida poetisa señora doña Rosalía de Castro de Murguía». Consideremos que «El Globo» era entonces el tercero o cuarto diario nacional en pago de timbres al Estado, lo que vale

tanto como decir que tenía excelente tirada. Sólo le superaba «La Correspondencia de España», mediano, sin pulso literario, pero muy informativo, y si acaso «El Imparcial» y «La Epoca»... En todo caso, tenemos que suponer que ya no estaba el ánimo de Rosalía propicio a dedicarse a leer los periódicos. Y que a éstos los controlarían sus familiares.

A parte de dichas consideraciones, ni siquiera a la hora de la muerte iba a tener «suerte publicitaria» Rosalía. Vendría a acaparar su espacio necrológico (el que en buen gusto, y en justa atribución a ella le correspondería), un reaccionariamente expansivo paisano suyo como ella provinciano de La Coruña. Fallecida Rosalía, sin bombo ni platillos, ni casi vibrar de agencias, a las doce horas del 15 de julio, cuando estaba empezando a considerarse la noticia en las redacciones de Madrid, muere en esta capital, el día 18, el jefe carlista e integrista, y fundador de «El Siglo Futuro», don Cándido Nocedal, que había nacido en La Coruña el 11 de marzo de 1821. A partir de tal momento la muerte del político arrinconó el nombre de la poetisa y llenó las primeras páginas de todos los periódicos de la Villa y Corte. No sólo la prensa de derechas, muy abundante, sino la liberal, y la más escasa de izquierdas, dedicaron gran parte de las cuatro hojas con que solían contar los diarios de entonces, a hacer cábalas sobre la posible incidencia, en el campo político, de la desaparición del representante en España del pretendiente Don Carlos. En el diario que él había fundado y dirigido, con el título más iluso y desenfocado de toda la historia del periodismo español: «El Siglo Futuro», he llegado a contabilizar como ¡un centenar de esquelas! dedicadas a Nocedal a lo largo de un mes. Como contraste, ni tan siquiera dos líneas dando cuenta de la muerte en Galicia de Rosalía de Castro. ¡Y eso que ésta era paisana de aquél, del fundador del periódico! Este era coherente. La poetisa de «roto en pedazos - mi Dios cayó al abismo», les parecía diabólica encarnación.

Así las cosas, es «El Globo» del miércoles 22 de julio de 1885 quien, tras haberse ocupado los días precedentes (aunque no muy por extenso) de la muerte de Nocedal, rinde a Rosalía los extraordinarios honores de toda la primera página, y buena parte de la segunda. Como fondo reproduce extensos fragmentos del prólogo que en 1880 Castelar había puesto a «Follas Novas». Tras lo cual se añade una larga semblanza anónima, de rara puntería estética, que aparece sin firma, y que me permite atribuir al gran periodista, amigo de Rosalía y de Murguía (1) y futuro alentador de Valle-Inclán, don Alfredo Vicenti Rey, compostelano, e hijo natural, como Rosalía (acerca de él he escrito extenso estudio). En 1875 había dedicado a la gran poetisa un desigual poema, en el que la llama «druídesa» expresión que entonces se envolvía en sugestivos resplandores y que hoy no deja de hacernos gracia, aunque haya halos de misterios druídicos en el sentimiento paisajístico de la Naturaleza de Rosalía, como intuiciones pre-ecológicas en sus elegías (verso y prosa) por el dolor de los bosques talados.

La necrología de «El Globo» en cierto modo empalma con los fragmentos que de Castelar se reproducen en la misma página. Y la juzgo tan precoz en el justiprecio de Rosalía, que me parece de interés para los estudiosos de la escritora



Rosalía se murió sin bombos ni platillos.

fundirla, aunque es muy posible ya la hayan exhumado otros. Y adelanto que contiene apreciaciones críticas, sobre Rosalía, como anticipadora rítmica de Bécquer, que están viciadas de origen, siendo responsable de ello el gran Murguía, que, o no estaba bien enterado del problema, o tenía malicioso interés en violentar las cronologías. Y ahora veamos la necrología de Rosalía en «El Globo» del 22 de julio de 1885:

«R. I. P.» = El que era «astro de primera magnitud en los vastos horizontes del arte español» (palabras éstas tomadas de Castelar) se ha extinguido. = Pero como esos planetas, cuya luz, después de muertos sigue llegando a la tierra durante siglos y siglos, así el alma de Rosalía Castro seguirá desde el cielo mandando al bien amado suelo natal perdurables resplandores. = En medio de la vega,

siempre verde, de Iria Flavia, a igual distancia del arruinado solar de Arretén, donde nacieron sus abuelos, y del poético atrio parroquial de Adina, donde yacen los huesos de su madre, pasó a mejor vida la insigne poeta y mártir el día 15 de julio.

(Aclaremos, entre paréntesis, que la madre de Rosalía, fallecida en Santiago en junio de 1862, había sido enterrada en dicha ciudad. Quien estaba inhumado en Iria era el padre de la poetisa, fallecido el 13 de diciembre de 1871. Y en cuanto a que Vicenti llame a Rosalía mártir, es inevitable preguntar: ¿Por qué mártir...? ¿De quién mártir...? Hasta el propio esposo Murguía viene a tenerla por tal, pero nunca se aclara respecto a las razones para tan patética catalogación. Hay que suponer que muchas cartas y documentos esclarecedores fueron destruidos por gentes sin escrúpulos, por los vestales de la hipocresía, estúpidamente tranquilos, por encima creerse que han servido a la Etica y a lo que ellos llaman «el buen nombre de la escritora»; que han sellado el recinto privado que nadie debe traspasar. Aunque no haya obra lírica tan cargada de vivencias personales como la de Rosalía.

Seguimos con la transcripción del muy interesante texto de «El Globo»: «Poco diremos de su vida, y menos aún de su obra. De ésta ha hablado nuestro gran Castelar, con soberano juicio, profunda emoción, e intuición de profeta, en el prólogo de Follas Novas, cuyos notables fragmentos quedan copiados arriba».

Tras esas palabras, de relleno, y de castelarina loa a Castelar, ya surge algo de verdadero interés en la pluma de quien, como Vicenti, dispone de antigua información respecto a la trayectoria existencial de su paisana:

«De aquella (de su vida) está revelado todo (2) solamente con declarar que desde el año 1837, fecha de su nacimiento, hasta la hora del tránsito supremo, fue una continuada sucesión de batallas, dolores e infortunios, tales, tan hondos, tan seguidos, como pocas veces, o acaso nunca, habrá sufrido una débil criatura humana».

«Benditos los corazones que, como el suyo, son crisoles donde la helada se transforma para los demás en azúcares y mieles! ¡Benditas las almas que, cual la de Rosalía, alivian y adormecen la propia, consolando la ajena desventura!»

Y llegado a este punto el necrologista plantea unos interrogantes que de vivir nosotros en aquel momento en que se formulan —1885—, se los pasaríamos (para que nos los respondiesen) a los responsables del alto tribunal de la crítica: Don Leopoldo Alas, «Clarín», y don Juan Valera; don Marcelino M. Pelayo (aunque éste se dedicaba más al estudio del pasado) y doña Emilia Pardo Bazán, «Orlando», y otros:

«¿Quién la conocía en España? De esta generación última, un número escaso de eruditos; de aquella gloriosa generación de políticos y literatos eminentes que floreció entre las revoluciones de 1854 y 1868, y cuyos restos ilustran hoy, como entonces, la historia patria, todos, sin excepción alguna». ¿Hay que entender que la conocían todos...? Parece que sí. Pero otra conclusión pudiera deducirse del arranque del párrafo siguiente:

«Adorábale en cambio Galicia, y la veneraba ¡raro fenómeno! Cataluña no a título de hija adoptiva, sino a modo de hija predilecta».

Y enseguida algo del mayor interés en aquella latitud enjuiciadora 1885, cuando ya la fama póstuma del autor de las «Rimas» empezaba a estar bien cementada en la Península y con grandes ramificaciones en el justiprecio europeo e hispanoamericano:

«Hubiera podido figurar, *primus inter páribus*, en la primera fila de los modernos poetas españoles, mano a mano con Bécquer, y Carlos Rubio (curiosamente, este simpático escritor padeció luego general e inmerecido eclipse), tal vez un escalón más arriba que Campoamor (esta afirmación de Vicenti es del mayor compromiso estético), y en lado opuesto, pero de fijo a la misma altura que Núñez de Arce».

Para valorar debidamente los anteriores cotejos tenemos que situarnos cien años atrás, cuando los autores de las «Doloras» y de los «Gritos del combate», se repartían toda la oficial y general gloria, compartiéndola sólo con el patriarca Zorrilla.

Y aun aumenta el aliciente de las reflexiones «vicentinas» cuando se pregunta, en relación con la desgana de Rosalía por la gloria, y refiriéndose al injustísimo silencio con que había sido «premiado» su último libro, el de la gran faena rítmica castellana, el que se anticipó a Rubén y a Unamuno, y a todos los posteriores interiorizantes líricos, no sólo en lo preceptivo, si que también en el ensanche temático, y en el tratamiento del mundo interior.

«¿Es que no pudo? No. Es que no quiso. El año pasado (1884), en casa de Fe, publicó una colección de rimas (sólo algunas de ellas adoptan el molde estrófico becqueriano, que Gustavo, a su vez, había tomado, de forma distante de Campoamor, y con más ceñida equivalencia técnica, del chileno Blest Gana y de los españoles Sanz y Dacarrete), rimas tituladas *En las orillas del Sar*, que pasó inadvertida para muchos, tales andan de hostiles y esquivos a la musa, estos tiempos miserables, y que produjo en la mayoría de críticos, y lectores, singular extrañeza. = ¡Qué raras combinaciones métricas! —dijeron escandalizados los críticos. Ese es el procedimiento de Bécquer, exagerado, añadieron aquellos otros, que sólo a costa de los vivos hacen justicia a los muertos.

Y este es el instante en que el sagaz cronista anónimo (reitero que creo que Alfredo Vicenti) pasa a atacar el sugestivo punto de las relaciones y prioridades estéticas entre Bécquer y Rosalía. A la fibra metafísica de ésta; a su valiente escarbar en el hondón de la tristeza de vivir, a su precursor inter-relación con el paisaje; a su modo de asomarse al misterio del mar y de sondear en los fondos abisales y abismales de la conciencia no le hacen falta, para quedar en cimas de conmovedora belleza, falsear unas cifras de parciales anticipaciones becquerianas. Gustavo Adolfo es fino, y simbolista, y buceador del sueño en sus veinte mejores «Rimas». Nuestra Rosalía intuye (a través de las suyas) las vastas congojas del hombre moderno, el hastío existencial, la inanidad de la gloria, la grandeza y la servidumbre del vivir. Y hasta la concepción del dolor como compañía y como acta testimonial del más intenso vivir humano. Y quede para otro día completar la reproducción glosada de la necrología de «El Globo». En conjunto, me parece de capital importancia.

(1) Este prologó, en 1878, un libro de versos de Vicenti.

**O conde
de Viloidé**
XAVIER COSTA CLAVELL

Empleando o mesmo
personaxe e artellando con
mestría dous planos temporais
(o século XIII e a actualidade),
o autor obtivo un relato
suxerente e divertido, cunha
grande carga crítica do
conservadurismo galego de
hoxe e sempre.

SB
EDICIONES

gotelo blanco
Cardenal Quiroga, 24 - Tel. (988) 23 77 04
32003 - OURENSE
Amilcar, 172-174 - Tel. (93) 256 52 32 / 256 56 07
08032 - BARCELONA

Lírica y etnia: encuentro con Follas Novas

Angel López (Paché)

Follas novas es una agrupación de poemas o unidades menores que, por declaraciones de la autora, Rosalía de Castro, y por la recepción, imponen una unidad textual. Esta premisa orienta ya hacia un primer acercamiento: el problema de la estructura y el de la unidad y coherencia intratextuales. El texto titulado *Follas novas* ampara cinco grandes partes o divisiones, de desigual extensión, aquí llamadas libros, bajo los rubros de: *vaguedás, d'intimo, varia, d'a terra, as viudas d'os vivos e as viudas d'os mortos*. Esta seriación titular, aparentemente, no constituye un sistema semántico coherente; suponen, al menos, tres campos semánticos: uno, lirico - subjetivo: *vaguedás y d'o íntimo*; otro, geográfico - étnico: *d'a terra, y, otro, sociológico: as viudas...* Y resta otro, de difícil clasificación inicial: *varia*, en el que es de suponer, desde la mente organizadora de la autora, se agrupan aquellas unidades poemáticas que no casan en las otras casillas, y que podría resultar un cajón de sastre.

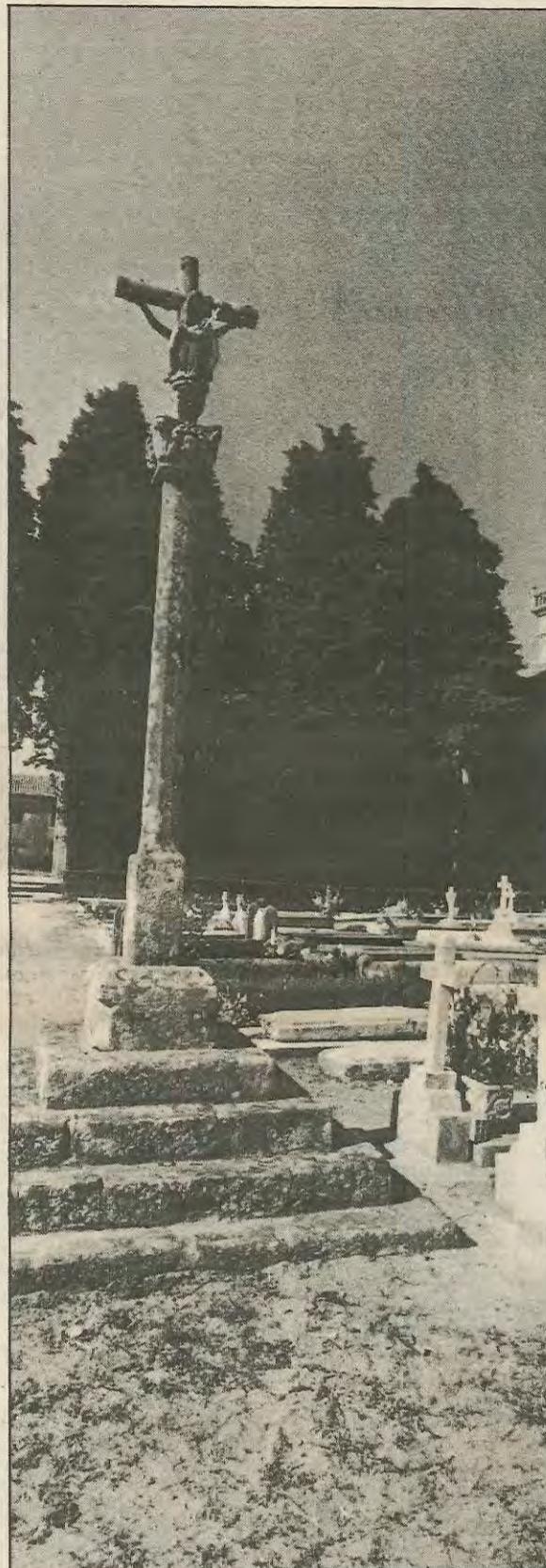
Estas primeras grandes divisiones llamada libros indican ya una actitud crítica y selectiva de la autora frente a su texto y postulan un claro criterio de agrupación y seriación poemática que contradice lo expresamente declarado en el prólogo por la poetisa: «.... vello compromiso obrigáronme a xuntalos de presa e correndo....». Simultáneamente, y en relación con lo anterior, se plantean también problemas de cronología y del lugar de la composición. A pesar de lo que Rosalía nos dice en la introducción —que fueron escritos unos 10 años antes de su publicación y en el destierro de Castilla—, numerosas marcas discursivas contradicen, en parte, sus asertos.

Un texto narrativo —novela o cuento— y un texto dramático, se estructuran según ejes perfectamente orientados; para que una agrupación de poemas se instituyan en un texto poético con unidad de sentido, se requieren leyes tan variables como, por enumerar algunas, la de la unidad fundamental del hablante lirico, la de una situación de enunciación enclavada en un aquí y un ahora, la de una actitud lírica homogénea, etc. La historia de la literatura ofrece numerosas muestras de la arbitrariedad de títulos de textos poéticos con pretendida unidad significativa y de sentido, pero que no cobijan unidades textuales; amparan sumandos pero el resultado no es una suma.

Volvendo o rego de *Follas novas*, mi lectura me impone, sin embargo, una recepción unitaria de sentido. Por ofrecer dos ejemplos de poemas bien conocidos, tan aparentemente disyuntos, entre «Cando penso que te fuches» y «Pra a Habana» se configura una expresión lírica de un envés y un revés de un único sentimiento, o visión totalizadora.

En busca, pues, de la significación profunda que cohesiona *Follas novas* en una unidad textual, expongo sumariamente los criterios que, opino, legitiman mi lectura. *Follas novas* es la expresión lírica de un modo histórico de vivir, sentir y comportarse de una etnia, la gallega, en unas circunstancias ideológicas, sociales y culturales astringentes, determinantes y antinaturales. En palabras llanas, y consecuentemente, afirmamos que *Follas novas* es un canto de protesta contra sistemas ideológicos, religiosos, sociales, culturales, políticos, económicos... y un largo etcétera, que impiden a un pueblo o etnia ser, comportarse y expresarse en su hábitat natural con los atributos de lo que hoy se llama «derechos humanos», entre cuyos derechos no es el mínimo el derecho nativo de la propia lengua. Enorme tristeza causan estas palabras de Rosalía a los que, por razones bien conocidas, hablamos *castrapo* aunque hayamos nacido en Lalín: «difícil é que volva a escribir más versos n'a lengua materna». (Me desviaría si ahora siguiera esta impresionante *corredoir* o lamento rosaliano; tiempo habrá).

Sostenemos también que el hablante lirico fundamental que se expresa en el discurso poético *Follas novas* es un hablante vicario o la voz de un colectivo, el gallego: «....estos versos, escritos a causa d'ellos - as



«Infierno sin límites/más allá d'esa coba sin fondo».

sentir colectivo del pueblo gallego. Ya el motivo desencadenante del discurso lirico es el rechazo existencial por un pueblo de un sistema ideológico - cultural opresivo de modos naturales del vivir. Como «aviso de caminantes» y «prólogo al piadoso lector», advierto que voy a referirme al yo poético que enuncia el discurso *Follas novas*, y no al yo admirable y admirado de la persona de Rosalía, en el Registro Civil huérfana social de padre. Y en la partida bautismal.

Pues bien. El motivo desencadenante u hontanar de donde brota la unidad de sentido de las seriadas descargas líricas o poemas de *Follas novas* es la reivindicación de un sistema natural humano que rechaza el impuesto por una tradición católico - eclesiástica, de graves consecuencias opresivas para el modo histórico del ser gallego. En *Follas novas*, el hablante lirico colectivo disiente del planteamiento binario, de tradición católico - eclesial, de la vida y el destino humanos y, en consecuencia, de una de sus manifestaciones históricas, la de la etnia gallega. En ese planteamiento, Dios, juez y árbito supremo, establece un sistema binario de pares opuestos: yo - los demás; eternidad - historia; más allá - mundo; mandatario - subordinados; órdenes - ejecución. Que, en una dimensión ética, se traduce por otra bipolarización correlativa: virtud - pecado; buenos - malos; premio - castigo; gloria - infierno. Así formulado y establecido el sistema, no cabe duda que mi libertad decide. Pero, al nivel existencial de individuo y de colectivo, la programada y proclamada disyuntiva sistemática no funciona, produce injusticia, introduce un *tertium discordiae* no previsto en el sistema binario y quebranta el orden natural. Por lo que, o se explica el real sistema trinario que rige la vida, o, sino, el sistema binario es opresivo antinatural. Efectivamente, la desgracia, como su antónimo la suerte, no encaja en el sistema binario católico - eclesial de buenos y malos, premio - castigo, ni en los anciliares sistemas sociales, culturales, políticos, económicos..., que lo realizan, por la sencilla razón de que la desgracia escapa a la libertad humana, afecta a buenos y malos, introduce un tercer infierno en este mundo no previsto en el esquema binario y, en definitiva, una reacción en cadena cuyo último eslabón en el más allá es exclusivamente el infierno para todos, sin gloria ni premio: la desgracia produce la desesperación, ésta, el infierno en este mundo, éste, la blasfemia, el suicidio y/o el crimen, éstos, el otro infierno del más allá:

O mal d'o inferno é fillo, ó ben d'o ceo;
a desgracia, ¿de quén? (...)

.....
¿de dónde ven? ¿Qué quer? ¿Por qué a consintes,
potente Dios, qu'os nosos males miras?
Inferno n'o mundo,
e inferno sin límites
más allá d'esa coba sin fondo
qu'a y alma cobiza
qu'os ollos non miden.
S'é qu'esto é verdade,
verdade terrible!,
ou deixad'un inferno tan soyó
de tantos qu'existen,
ou si non, Dios santo, piedade dos tristes.

Esta voz lírica de *Follas novas* es la voz vicaria de su etnia: «Libros enteiros poiderán escribirse d'o eterno infortunio que afrixe os nosos aldeáns e mariñeiros» suspira la poetisa de nuestro pueblo. Y apostilla: «E sófrese tanto n'esta querida terra galega!».

Esta desgracia o infortunio se ceba privilegiadamente en nuestra etnia y produce modos de existir amenazados, precarios, «huéspedes de las nieblas», extrañados, etc., llámense almas en pena, meigas, santa compañía, bios bardos, filosofía gallega... hasta la fauna caciquil y secuelas, según el etiquetado de los diferentes sistemas:



EDICIONES DO CASTRO

SADA-A CORUÑA. Teléf. 62 09 37

LIBROS GALEGOS E FEITOS EN GALICIA

- Para estudiar e comprender a nosa realidade
- Para recuperar a nosa memoria más inmediata
- Para promover e espallar as nosas formas culturais

NOVEDADES

Celso Emilio Ferreiro
LONGA NOITE DE PEDRA

Emilio González López
LAS FRONTERAS ATLÁNTICAS DE GALICIA:
DE LA PREHISTORIA A LA BAJA EDAD MEDIA

A DISGRACIA

*¿Por qu' existe? ¿Quén é? ¿Dond'a soberba / morada ten?
¿Arteira en dónde habita?*

*¿Qué pasa o redor de min? / ¿Qué me pasa qu'eu non sei? /
Teño medo d'un - ha causa / que vive e que non se ve. / Teño
medo á desgracia traidora / que ven, e que nunca se sabe
ónde ven.*

*Trist' é ó cantar que cantamos: / mais ;qué facer s'outro non
hai? / (...) / Cand' un - ha peste arrebata / homes tras
homes, n'hai más / qu'enterrarr de presa os mortos....;*

negra sombra que m'asombra....;

Aqués que ten fama d'honrados n'a vila / roubánrome

Tal brasfeméi, sin medo nin coidado....

¿Dónde o en qué sistema está la solución o consuelo al esquema binario que, vía desgracia impertinente, introduce un infierno en «esta ladera», por usar palabras de San Juan de la Cruz? Para el hablante gallego de **Follas novas** se arteja en una singular necrodulia de nuestro pueblo. Esta singular necrodulia se trifurca en torno a tres semas nucleares: 1) la muerte como reposo y meta final liberadora, pero sin transcendencia, puesto que ésta no eludiría ni resolvería el esquema binario: el haber sido víctima y pasto de la desgracia en el infierno de este mundo, afectaría por igual a izquierdas y derechas en la movida final del valle de Josafat, día de orden binario. ¿Cómo suprimir o vencer la desgracia? Solamente hurtándole la carnaza o vida en la que se ceba: entregándonos al reposo de la muerte, desvinculada ésta de atrio a mansiones celestiales o infernales, pero positivizada como entrada en el seno dulce y cálido de la tierra nativa. Así se consuma un ciclo natural: nacer en una tierra, vivir en una tierra y morir en una tierra: Galicia. Todo un programa, nada menos, contra la premiología y los sistemas políticos que la edulcoran con sus pomposos Ministerios de Emigración: «no donde naces sino donde paces». Despois, o aturuxo ou o can... Vale;

2) Intimamente vinculado con el sema nuclear anterior y en dependencia de efecto a causa, surge el del suicidio como muerte deseada, anticipada, liberadora de la desgracia, intentado, conseguido o frustrado. Pero el suicidio, en el sistema binario, cae en la dimensión ética de pecado, con el perendengue doblemente punitivo de no «enterar en sagrado» y «damnatus ad tenebras exteriores» infernales.

De ahí, la mesurada increpación al Dios de la tradición clerical:

*¿Por qué, Dios piadoso,
por qué chaman críme
ir en busca d'a morte que tarda,*

*¿Por qué s'oprimen
por qué din que t'amostras airado
de qu'un antr'as tumbas
a frente recrine?*

(Indudablemente, el subrayado y el doble subrayado son míos).

La solución está, pues, en una muerte que «me leve adonde non recordan nunca / nin n'o mundo en que estou nin n'as alturas». En **Follas novas**, el suicidio como muerte deseada e invocada está presente en casi todos los poemas, explícitamente en cinco, y, en uno, logrado. En el logrado, de una gran belleza poética, el mar, por no ser el lugar natural de en - tierro (en - tierra), devuelve el cadáver a su destino natural, la tierra, al tercer día - clara alusión a Jonás en el seno de la ballena o a Cristo en el vientre de la tierra —, pero en una resurrección invertida, no hacia la madre tierra puesto que socialmente se trata de un pobre, o una



«Me pregunto si este fastuo centenario acuerda con la voz de nuestro pueblo».

pobre exactamente, sino a la carroña en donde carnicean los cuervos. Precisamente, en un ya claro sistema socioeconómico, el destino de los pobres muertos pobres, a los que se les niega hasta el seno de su tierra materna natural:

*Cando me poñan ó hábito, / s'é qu'ó levo; / cando me
metan na caixa, / s'é qu'd teño; / cand'ó responso me canten,
/ s'hai con qué pagarill'os cregos....*

constituye el

3) tercer sema nuclear: la extrema desventura que asola a los pobres: de nuevo contra la cruel premiología, «es un muerto de hambre que no tiene donde caerse muerto»; a los pobres se les niega hasta el lecho postre de un currullo de tierra donde sepultar sus desnutridos esqueletos. La propiedad privada también catastra los cementerios. Y castra, y sobrentendidos....

Nos urge notar que, la muerte como reposo final sin transcendencia, el suicidio como aniquilador de la desgracia y la tierra como lecho natural de reposo, se nos ofrecen poéticamente con características liberadoras, tranquilas y naturales, que imposibilitan la entrada de connotaciones éticas y que el mar representa la tentación y la invitación a la muerte, puesto que evita el empleo de medios violentos antinaturales.

Ahora bien, so la muerte como reposo es un sema nuclear a nivel de libración personal y colectiva de la desgracia, a nivel social podría serlo la emigración, como solución de la desgracia económica que lacera nuestro existir como gallegos. Para Rosalía y en **Follas novas**, la emigración, por las consecuencias nefastas que engendra, no es una liberación; antes bien, un pudriidero germinal de peores engendros: entre otros, la de producir «viudas de vivos» y la de difuntos sin el lecho natural de la tierra que los entierre, tierra nativa y madre acogedora. O reposo. Paz. Descanso final de vidas acongojadas, en otra dirección que la del acongojado Unamuno.

Por cortesía y obediencia a los imperativos escriture-

ros que un periódico impone, en este caso con un título tan sugestivo como «La Voz de Galicia», omito referirme a la constelación de símbolos y metáforas, sintagmas y lexemas, ritmo y rima, fonología y fonética, que el discurso lírico - étnico apellidado **Follas novas** convoca en conjunto de la expresión libre de una etnia, la nuestra, la gallega. Frente a la caracterización de **Follas novas** como canto al dolor y del dolor, nuestras conclusiones son opuestas: liberación de la palabra exorcista que postula el derecho del vivir gallego y del convivir humano dentro de un sistema en el que la justicia y el amor hacen humanos la desgracia y el dolor. **Follas novas** o el canto a una etnia y de una etnia, la gallega, que exige vivir en paz en su tierra y en su tierra morir en paz. Y como perfección: la configuración poética, desde una experiencia individual y compartida con su pueblo, de un sentir humano que reclama la tierra como hogar confortable.

Una coda final, francamente —perdón por las connotaciones del adverbio— programática. Más de un centenar de **académicos** estamos convocados para entonar, en el riñón de Galicia, en Santiago de Compostela, el alalá, justo tributo, si centenario, al alma femenina que con las cuerdas más sonoras de nuestra lengua ultrajada armonizó el más bello canto a la libertad de los hijos de Breogán: nuestra Rosalía de Castro. Pero también me pregunto si este fausto centenario acuerda con la voz de nuestro pueblo, pueblo que asumió anónimamente y como suyos los cantares de Rosalía. Me pregunto si la celebración académica va acompañada de lecturas escolares, recitales en nuestras aldeas, ediciones populares y gratuitas. Me lo pregunto desde la conciencia de un gallego, que habla **castrapo**, emigrado, con un título de doctor en Filología Románica que en seis años de sesteo por aulas universitarias catellanias jamás topó con un texto literario gallego a no ser de refilón con las cántigas del apelado Rey Sabio. Y para inri, arrastrando en su deje «el acento gallego». Xa está ben. Valete.

Tertúlia

XAVIER ALCALÁ



Unha novela necesaria
Un autor irreductible
Unha editorial independente



gotelo bianoo

Cardenal Quiroga, 24 - Tel. (988) 23 77 04
32003 - OURENSE
Amilcar, 172-174 - Tel. (93) 256 52 32 / 256 56 07
08032 - BARCELONA

O que pode cambiar nun século, o que un criador pode cambiar nun só século, está amosalo este ano, xusto aos cen de seu pasamento, Rosalía Castro, hoxe un dos notorio cumios da poesía universal. Moi por enriba da follaxe autóctona do monte baixo —ciclos de conferencias, ofrendas florais, ceremonias institucionais— a obra de Rosalía congrega nestes días, na Compostela onde tódolos camiños converxen, por díclo coa maxia do «século de Pitágoras», 400 congresistas.

Parece cando menos dubidoso que ao mundo rosalián —o de todos e cada un dos homes idos e pór vir— conveña esta precisa cobiza de secta, tan allea aos «penumáticos» que diría o mestre Risco, coas raigañas nas entrañas do espírito. Pero, en calquera caso, sempre será preferible ás pradaxoxías do outro patrioteísmo, o cativo, ou ás estridencias estivais da grileira folklórica.

Se transcurriu unha centuria enteira de

A única lectura

Basilio Bernárdez

misticacións, mitificacións e terxiversacións cos alicerces nos elementos máis epidérmicos da vida e obra da autora de «Follas novas», non podía ser doutro xeito.

Porén, algo, ainda con todas as sutilezas, cambiou. Niñ os «folkloricos» nin os sectarios se disputan xa o monopolio da criadora.

Unha Rosalía xenuina, a que foi sempre e fixoa universal e intemporal, culmina, no ano do centenario da súa morte, no proceso pasenxo de afirmación transcendente, desconxiada á calor das paixóns existenciais como antes nas preocupacións populistas e despois nos clises románticos.

Rosalía admite todas estas «lecturas», como di a «erudición á violeta» de hogano, pero exixe, sobre de todo, a lectura única das súas obras completas, sen excluir a narrativa desconexida, esquecida o menospreciada.

As glosas, as tentativas de criación, no



Rosalía exixe unha única lectura: a da súa obra.

eido da poesía ou do teatro, merecen en xeral ainda menos respeito. Só, ata agora, sen perxucio das valoracións, constitue unha

seria suma ao acervo bibliográfico rosalián o diálogo dramático, e moito máis, de Otero Pedrayo, escrito no 1959 pero inédito ata ahí un mes.

Haberá que esperar, necesariamente, xa que logo, ás conclusións do macrocongreso de Compostela.

Pesía ás presións que desperta este tipo de vivisección, no mellor dos casos, ou da esterilidade dos pretextos tecnocráticos, no peor, e suficiente caución o nome de moitos dos especialistas e eruditos participantes.

Rosalía, en fin, non volverá ser xamáis a choromiqueira, nin a suposta voz dunha Galicia proletaria, senón a poeta absoluta, metafísica, universal a pesar dos esforzos para limitala, xenial, mesmo única, fóra da mitomanía que pretende «séculos de ouro», pretéritos e anovados, precisamente no campo esencial, inagachable, da poesía, onde todo o inferior á criación é deplorable.

Con ou sen Obras Completas, completas, con ou sen descubertos «congresuais», a memoria de Rosalía, avivada neste ano do primeiro centenario, pasa por lela e arrepiarse.

sintetizar un estado de ánimo coa difícil sinxeleza destes versos: «¿Qué pasa ó redor de mí? / ¿Qué me pasa que eu non sei? / Teño medo dunha cousa / que vive e que non se ve.»

Sobre de outra afirmación de Cernuda («sin continuadores en nuestra lírica contemporánea») un pregúntase se o innegablemente grande poeta andaluz esquenze das súas propias lecturas e ata de si mesmo pero sobre de todo de Antonio Machado. Non entro na absurda e controvertida liorta de se Machado plaxiou ou non a Rosalía no poema que comenza co coñecido verso «Yo voy soñando caminos». Penso que hai que desbotar a idea dun plaxio tan burdo. Pola contra, o que sí hai é unha acertada coincidencia de connotacións moi claras entre o «cravo» rosalián e a «espina dorada» machadiana. O elemento básico («cravo» e «espina dorada») é o mesmo, teña lido ou non Machado a Rosalía, e vale, nos dous casos, como ferramenta lírica de sorprendente calidade. Cunha diferencia, sen que iso implique aldraxa algúns para a merecida gloria de Machado: a súa «espina dorada» funciona anecdóticamente na interioridade dun gran poema; o «cravo» rosalián é a queimante raíz dun extraordinario poema, arredor do que xira un fondo desespero, sendo algo máis ca unha mera expresión intimista: atinxenos a tódolos homes e mulleres do mundo. Só os poetas excepcionais (aparte, e agora ten razón Cernuda) son capaces de acertar dun xeito tan singular.

Sen embargo, ela non foi consciente desa excepcionalidade. Humildosamente (como tenden a comportarse as xentes deste desgraciado recanto peninsular) Rosalía afirma: «Ben sei que non hai nada novo en baixo do ceo / que antes outros pensaron/as cousas que agora eu penso.»

Sairse do cuadro

Mario Couceiro

Facer algunas anotacións agora sobre Rosalía de Castro, cando tanto a personaxe como a súa obra teñen sido exprimidos, ás veces moi intelixentemente, por esgrevios investigadores, quizás non só supoña unha perda de tempo senón un exercicio de repetición totalmente innecesario.

Todo ficou dito encol da poetisa de Padrón, na casa (Otero Pedrayo, Bouza Brey, Alonso Montero, Carballo Calero, Marina Mayoral, etc.) e fóra dela: «Diez-Canedo, Unamuno, Azorín, Brenan, McClellan ou S. Grisworld Morley.

Para algúns dos da casa, é a alma da terra ou a conciencia viva dun país, o cal é ben certo. Para os outros (sobre de todo para os mais avisados) o fenómeno rosalián conleva a aparición dun dos poetas de mais outa voz que ten dado o occidente europeo no século pasado, o que, penso, é unha verdade incuestionable tamén. Porque ocorre con ela o que acontece normalmente coas grandes figuras da literatura universal: o tempo non é quen de esborraxar a calidade dos seus versos.

Moi penetrantemente, o ferrolano Carballo Calero propón catro estadios na obra xeral de Rosalía, a partir de 1857 e ata 1952, segundo as opinións que desperta nos observadores a devandita obra: 1.º, unha Rosalía - Espronceda; 2.º, unha Rosalía - Petöfi; logo, xa neste século (1909-1952) unha Rosalía - Heine; e a partir de mediados desta centuria, unha Rosalía - Hödelin. E habería que engadir, coido eu, outras Rosalías adhe-

ridas a nomes xeniais ou a escolas líricas que xurdiron despois da última guerra como derradeiros fleques da revolución cultural que nace na posguerra do catorce.

Son curiosas, pero sobre todo sintomáticas, estas adherencias do nome de Rosalía, que, no fondo (e para un observador superficial) poderían resultar irrelevantes, ainda que no trasfondo non indican outra cousa que a intemporalidade da obra rosalián, sobre todo en canto se refere ao seu libro fundamental, «Follas Novas». Nel, tódolos ecos inevitables, tódalas influencias non menos inevitables (Rosalía escribe no outono do Romantismo) teñen sido varridas por unha impresionante madurez. A voz de Rosalía é aquí más fonda, moito más persoal, e, se vale a expresión, más ontolóxicamente galega que a Rosalía dos «Cantares». Non é só a conciencia viva dun país. Ela e o seu país, trascendidos, entran con pé firme na historia da literatura universal, e para sempre. Non importa xa que a calidade da súa poesía, esquencida por Valera, conscientemente desconexida polos grandes monstruos decimonómicos que fan versos campanudos agarimados pola calor dos aplausos da crítica (ou como Campoamor, enfían pedancia pseudo-filosófica en consonante) non sexa ouvida nos salóns literarios de Madrid. Rosalía vén de rachar tódalas fronteiras, tódolos atrancos ruins e inxustos que aillan política, social e culturalmente a Galicia do resto de España. Os salaios amorosos de Bécquer

esváense, ou fican no seu lugar, e ela, arrastrando coa súa voz a fermosura da paisaxe da súa terra e a grave grandeza das xentes da xúa terra, pasa por riba, como un furacán, sobre da resesa mediocridade que atinxea a España finisecular. Aínda, e a pesar do recoñecemento a escala mundial, o seu nome ocupará, nas antoloxías, un estreito espacio en letra pequena, compartindo ese miserento lugar con autores de segunda ou terceira fía, que os antólogos sinalan como otros poetas regionais. Esa incomprensión é hoxe, en boa hora, pó esquencido no recanto dunha habitación baleira.

O que Cernuda non viu ou non quixo ver

Non obstante, algúen tan intelixente como Luis Cernuda non sabe cómo catalogala; onde, no orde das categorías xerarquizadas, ten de ser colocado o nome de Rosalía de Castro: «Desigual, informe en ocasiones, sentimental en otras muchas, su obra poética posee un atractivo que ha ido resistiendo el paso del tiempo. Sin antecedentes en nuestra lírica clásica, sin continuadores en nuestra lírica contemporánea, Rosalía de Castro nos parece aislada: un caso aparte. Pero hay que contar con ella.» O lector de Cernuda pregúntase, supón, qué quixo decir, tentando decir algo, diante dun fenómeno lírico que non parece ter entendido en profundidade. Hai que contar con ella. ¿Por qué? A resposta é obvia. Hai que contar con ela xustamente porque carece de antecedentes; porque, como vulgarmente se di, sáese do cuadro; porque é un caso único, aparte, na longa lista de nomes gregarios que poetizan na súa época con voces cansas, vellas, que se apoian na muleta dos estereotipos. Por iso hai que contar con ela. E porque, adiantándose a esa época, e non só na forma, é quen de

Temas de Lingüística Galega

Constantino García González

Tres traballos monográficos do profesor Constantino García, que xiran arredor da problemática da lingua galega:

- 1.º «Reflexións sobre a lingua»
- 2.º «Galego onte, galego hoxe»
- 3.º «Interferencias lingüísticas entre o galego e o castelán».



Tamaño 11,3 x 16,4
Páginas 144
P.V.P. 500 Ptas.



CENTENARIO
1885-1985

BIBLIOTECA GALLEGA

Serie NOVA

